

II. NOTAS CRITICAS

BIBLIOTECA CENTRAL  
CAPILLA ALONSO DE VERA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. C.

HEROICA  
**Walter Weideli**  
**UNA MORAL NO HEROICA**

El heroísmo es una virtud que se manifiesta en el momento de la necesidad, cuando el individuo se enfrenta a un peligro o a una dificultad que requiere de un esfuerzo extraordinario para superarla. En la literatura, el heroísmo ha sido un tema recurrente, desde los mitos antiguos hasta las novelas modernas. Sin embargo, en la actualidad, el concepto de heroísmo ha cambiado, y ya no se refiere únicamente a la fuerza física o al valor, sino también a la capacidad de sacrificio y de lucha por una causa justa.

En este ensayo, se analizará el concepto de heroísmo en la literatura y en la vida real, y se discutirá si es posible encontrar ejemplos de heroísmo en la actualidad. Se explorarán los factores que contribuyen a la formación del carácter heroico, y se evaluará el impacto de la cultura popular en la percepción del heroísmo. Finalmente, se reflexionará sobre el papel del héroe en la sociedad y en la historia.



## UNA MORAL NO HEROICA

Brecht ha reunido todos estos temas, en su *Vida de Galileo Galilei*, que se ha considerado, con razón, su testamento. Consideramos que en esta obra son numerosas las alusiones autobiográficas, y aunque Brecht la haya concebido en 1938, fue la última obra en la que trabajó.

Conforme a las reglas del teatro épico, del que *Galileo Galilei* es el ejemplo más acabado, la vida del gran sabio está delineada en escenas autónomas. No hay centro de gravedad, ni progresión dramática. Al elevarse o al declinar, Galileo no es nunca igual a sí mismo. Es un ser contradictorio que, hasta el último instante, vacila, se interroga. "El universo, escribe el joven Galileo, ha perdido su centro. Ha bastado una sola noche para que se descubra un número infinito de ellos. Cada uno de nosotros se ha vuelto el centro. Cada uno y ninguno. Ya habíamos encontrado esta afirmación en *Hombre para el hombre*, pero teñida de pesimismo. Aquí, traduce la adhesión gozosa, indiferente a una ética nueva, fundada sobre la duda, que Galileo opone a la jerarquía rígida de los valores feudales. Para él, todo es cambiante, el mundo y el que lo observa. Considera el espacio, como nosotros consideramos ahora el tiempo. Al joven Sarti que le objeta "pero yo no me doy cuenta de que la tierra gire", responde: "Porque tú das vueltas con ella." Porque es preciso "distanciarse" de las cosas para conocerlas, salirse de ellas, cortar el cordón umbilical. Intento adulto, científico que va acompañado a la vez, de dolor y de placer.

Para combatir el sistema, Galileo necesita ocio y por lo tanto dinero. Es ésta su primera contradicción. Reclama una libertad absoluta, que el sis-

## UNA MORAL NO HEROICA

tema le niega. Tendrá que elegir entre dos libertades relativas. Entre Venecia, que acoge a los sabios, pero les paga mal, y Florencia, que censura sus escritos, pero le ofrece fortuna. Galileo, entre estas dos restricciones, elige la que le parece menor: opta por la corte de Florencia. ¿Está equivocado? No, porque fuera del sistema, no puede actuar. Puede servirse de él, pero no eludirlo. La única libertad que cuenta a sus ojos es la de producir. La pobreza lo paraliza. Para librarse de ella, comete una estafa, haciéndose pasar por el inventor del telescopio. Es verdad que se redime pronto sacando un partido inesperado de este instrumento robado. Así, al mismo tiempo que cede a la presión social, Galileo se libra de ella. Diremos, pues, con Brecht, que su relación con el mundo es justa.

Esta relación es revolucionaria. Los filósofos aristotélicos le oponen una concepción medieval del orden. La tierra (lo relativo) está en ese orden sometida al cielo (lo absoluto); el hombre aparece ahí como "la corona de la creación". Ahora bien, nuestros filósofos acusan a Galileo de querer destronar a este hombre. Para ellos, todo gira en torno al hombre, mientras que el hombre, según él, gira alrededor de las cosas. Pero en el mismo momento en que acaban de proclamar la realeza del hombre, los detractores de Galileo lo amenazan con castigos físicos, poniendo así de manifiesto las fallas de su sistema.

Este conflicto de dos humanismos, vuelve a aparecer con más profundidad en la discusión entre Galileo y un joven monje médico, cuya sinceridad no podría, esta vez, ponerse en duda. Este monje



## UNA MORAL NO HEROICA

es hijo de campesinos; abogado en nombre de todos los miserables, sus semejantes. ¿El antiguo orden no les daba al menos razones, aunque ilusorias para vivir? Justificaba su miseria, confiriéndole el carácter sagrado de lo necesario, de lo inmutable. Helos ahora traicionados: "No podemos contar, dicen, sino con nosotros mismos. El ojo de Dios nos abandona, abrimos los nuestros y nos vemos ignorantes, avejentados, desgastados hasta lo último. Nuestra miseria no tiene sentido. El hambre ya no es una prueba, es no-haber-comido. El esfuerzo ya no es un servicio, es abajarse-y-ajetrearse. Nada más."

La respuesta de Galileo es dura, pero de un amor más exigente. La miseria no tiene sentido, es verdad, pero la lucha contra la miseria lo tiene. A la moral ascética del pasado, Galileo contrapone una moral de la salud y del bienestar. Renunciamiento patético que incluye hasta la noción de genio.

**GALILEO:** ¿Sabes cómo produce la ostra perlífera su perla? Absorbiendo, con peligro de su vida, un cuerpo extraño, insoportable, como, por ejemplo, un grano de arena. Y este proceso está cada vez a punto de destruirla. ¡Al diablo la perla, yo estoy de parte de la ostra!

Esta toma de posición es también paradójica. Galileo elogia la regla, la medida común, cuando él mismo es una flagrante excepción. Es el hombre que, en el momento en que la peste sumerge a toda Florencia en el pánico y en el hambre, no piensa más que en procurarse un libro inencontrable. Comportamiento que su ama de llaves juz-

## UNA MORAL NO HEROICA

ga, con razón, irrazonable. ¿Pero no implica todo acto de fe una parte de sinrazón? Contrariamente a su amigo Sagredo, que no ve sino la cobardía, la violencia de las turbas, Galileo confía en el hombre.

**SAGREDO:** ¿Dónde está Dios?

**GALILEO:** ¿Acaso soy teólogo? Soy matemático.

**SAGREDO:** Ante todo, eres hombre. Te pregunto, pues, en tu sistema ¿dónde está Dios?

**GALILEO:** En nosotros, o en ninguna parte.

Hay un dios en el hombre, y este dios es la razón. Es la dignidad del hombre que sabe vencer y dejarse convencer, que modifica sus opiniones, que no resiste a la "dulce violencia de la verdad". Porque la razón nos baña por todas partes, está inscrita en las cosas. "Si la naturaleza, dice Galileo, estuviera sometida a leyes diferentes, nuestro cerebro también sería diferente." Esto es suponer una armonía original entre el mundo y el hombre. Armonía que da a Galileo la fuerza para decir, contra toda evidencia: "Tenían contra ellos a todo el mundo, y tenían razón." Galileo ama las posibilidades del hombre; Sagredo los ama tal como son. Sagredo es pesimista y, sin embargo, en sus decisiones cotidianas es menos cínico que Galileo. Galileo sacrifica a los hombres, y hasta la felicidad de su hija, a favor de ese hombre, al fin libre, que querría promover. Uno y otro son humanos, necesarios, y Brecht los acepta a ambos. Y sin embargo, Galileo le aterra, en cierto sentido se aterra a sí mismo.

**GALILEO:** ¡Qué noche tan espantosa aquella en la que el hombre descubre la verdad! ¡Qué hora de



## UNA MORAL NO HEROICA

ceguera aquella en que se aferra en creer en la razón humana. ¿De quién puede decirse que es un vidente? Del que va a morir.

Galileo tiene verdaderamente la *pasión* de la verdad, y sabe que esta pasión es satánica. Se privaría de la luz para saber lo que es la luz. A las cosas, prefiere el conocimiento de ellas. "Como un amante, como un ebrio, como un traidor", se excluye del paraíso. El que sabe, no puede menos que difundir su saber. Su pasión es contagiosa, "es verdaderamente un vicio, que lleva a la desgracia". De ahí este desafío, este llamado: "¿Cuánto tiempo podría aún gritar en este horno? ¡Esa es la cuestión!"

Tocamos aquí el fondo del corazón del trágico brechtiano. El hombre sabe que su curiosidad está maldita. Y sin embargo, este instinto demoníaco de verdad le es tan esencial, que debe obedecerlo, aunque muera por ello. Estamos muy lejos, como se ve, del optimismo de cierto lirismo "progresista". La inteligencia, para Brecht, no es sino una minúscula luz sacudida en un océano de tinieblas. No debe extinguirse. Es mucho esfuerzo para resultado tan pobre. Brecht, con frecuencia, se impacienta; querría arrancarse de cuajo a tantas incertidumbres, pero la sabiduría lo devuelve a la medida común: "la meta no es abrir las puertas de una verdad infinita, sino imponer un límite al error infinito".

Galileo, como Brecht, ha envejecido; la orgullosa insolencia de la juventud se ha desgastado. Ha perdido poco a poco ese acuerdo mundano con el que se engañó un tiempo, pero sus humil-

## UNA MORAL NO HEROICA

des compañeros de trabajo —su vidriero, su fundidor, su sirvienta— lo animan a vivir; su sensatez no deja de inspirarlo. Por ellos es por los que trabaja, escribiendo ya no en latín, sino en lengua popular. Sus ideas por lo demás, se han abierto camino. Son las que inspiran el carnaval del año 1632. Si el Sol cesa de girar alrededor de la Tierra, ¿por qué el papa y el rey han de ser el centro del mundo? Una jerarquía secular se viene abajo, las estrellas no alcanzan ya a justificar la explotación del hombre por el hombre.

Galileo no hubiera hecho lo que hizo, si no hubiera estado protegido, discretamente comprendido por su ama de llaves, la señora Sarti. Brecht teje aquí lazos delicados. Durante la peste, la señora Sarti renuncia a seguir a sus hijos para no abandonar a Galileo, ese gran niño. A su humilde manera es revolucionaria: su razón es la del corazón y en el momento mismo en que sigue los dictados de éste, sus relaciones con Galileo conocen un breve estado de gracia. Se deja entrever en el paso efímero del *usted* al *tú*. Dos seres amenazados descubren súbitamente lo que se deben, lo que cada uno da y recibe, lo que los une por encima de los convencionalismos sociales. Y como toda gracia, ésta es fácil, natural.

La moral de Galileo es compleja, varía con la edad. A los cincuenta años, es intransigente: "Te lo digo: quien ignora la verdad es un imbécil. Pero el que la conoce y la calla, es un asesino." Diez años más tarde, se matiza y se endulza. Galileo es, en el fondo, un hombre carnal. "Piensa, dice uno de sus discípulos, como goza. No podría rechazar una idea nueva, como no podría rechazar



un vaso de buen vino." Si corre riesgos mortales, se debe a que la ciencia es, en él, un instinto más fuerte que el de conservación. Pero cuando sobreviene el desgaste de la vejez, la inteligencia se degrada y no quedan sino los instintos elementales.

¿Galileo es todavía el mismo en el momento en que se niega? Sí y no. Lo es por la preocupación constante de sacar enseñanzas aun de sus flaquezas. De ninguna manera pretende justificarlas. Algún día confesará que si se retractó, no lo hizo por astucia, sino por miedo a sufrir. Nunca fue Galileo más humano, que en el momento de su confesión. En ese momento lleva muchos siglos de adelanto a sus contemporáneos. En su misma debilidad, funda una nueva moral, cotidiana y realista. No existe moral absoluta: sólo existe una moral del mal menor. "Con respecto a los obstáculos, dice Galileo, el camino más corto entre dos puntos es, quizá, una curva."

Esta moral relativa no es comprendida por sus discípulos. A sus ojos, la prueba que la Inquisición hace pasar a Galileo, plantea un dilema heroico: ¿podrá la violencia contra el espíritu? Este espíritu querrían ellos que fuera todopoderoso. Están persuadidos de que Galileo resistirá.

**ANDREA:** No, la violencia no basta. La locura está vencida, no es invulnerable. No, el hombre no tiene miedo a la muerte.

**FEDERZONI:** Si no, sería como si, apenas amanecido el día, cayera la noche.

**ANDREA:** Pero ahora todo ha cambiado. El hombre vuelve a levantar la cabeza, el oprimido grita: ¡yo puedo vivir! Todo está ganado si uno solo se levanta y dice no.

Moral individualista que Galileo rechaza con una sola frase: "¡Desgraciado el país que tiene necesidad de héroes!" Es que uno solo, precisamente, no basta. Damos demasiada importancia a los héroes, esperamos demasiado de ellos. Los discípulos han sacrificado todo a la ciencia, y he aquí que el maestro reniega de ella: "preocupado nada más por salvar sus tripas". Compartimos su rebelión, pero admiramos también el valor, la serenidad de Galileo. En esta hora, mido los límites de su libertad. Ya no estamos en los tiempos en que la salvación de todos dependía del sacrificio de uno solo. Todos dependen de todos, en diverso grado. Sólo, Galileo no puede nada. Sí, tiene miedo a la muerte; sí, la violencia acaba por triunfar sobre el espíritu. Pero lo que es verdad para el individuo, no lo es para la especie. Porque ésta convierte el miedo y la debilidad de muchos, en valor, en fuerza.

Prisionero de la Inquisición, espiado por su hija, vigilado a cada instante, Galileo, viejo y ciego, glotón, no tiene sino una última preocupación: transmitir su postrer manuscrito a su discípulo Andrea, para que lo lleve a Holanda. La historia no termina con la muerte del héroe. Éste puede acusarse de haber "traicionado a la ciencia"; no puede erigirse en juez de su propia vida. Ha reconocido sus limitaciones, pero, al reconocerlas, se ha superado. La historia es la que lo juzga.

Así, la angustia de la juventud se ha convertido en una confianza serena. Brecht, exilado (¿y quién nos dirá si sus últimos años no fueron también un exilio?) continúa, a pesar de todo, instruyendo a



UNA MORAL NO HEROICA

su hijo, regando árboles, escribiendo poemas. ¿Esperanza de la desesperanza?

Hoy, Domingo de Pascua, al amanecer,  
una tormenta de nieve se abatió sobre la isla.  
Entre los matorrales que ya empiezan a reverdecer,  
había nieve. Mi hijo  
me condujo hacia un pequeño albaricoquero muy  
cerca de la casa.  
arrancándome a un verso donde denunciaba con  
dedo  
vengador  
a los que preparan una guerra que  
puede borrar el continente, esta isla, a mi pueblo,  
a mi familia y a mí mismo. Mudos,  
hemos cubierto con un saco  
el arbusto helado.

En una época hostil al espíritu, Brecht prosiguió "a cualquier precio" una política del espíritu. Se puede ironizar sobre su situación. Fracasado en Occidente, ignorado en Oriente, mal comprendido por una parte y por otra, nos deja una obra que ya comienza a vivir su propia vida. Los sectores oficiales, de ambas partes, lo utilizan en el sentido en que le conviene, pero ya sabemos lo que Brecht pensaba de la oficialidad. "En 1948, nos informa un testigo, la Asociación de Cultura para la Renovación de Alemania había organizado en honor del escritor una recepción en el Berlín oriental. Brecht estaba sentado entre Wilhelm Pieck y el consejero político soviético, el coronel Toulpanov. Alguien acababa de pronunciar un discurso sumamente patético, absolutamente antibrechtiano. Brecht se levantó entonces. Ligeramente adelan-

UNA MORAL NO HEROICA

tada su cabeza de pájaro, lanzó una mirada sobre la asamblea, estrecha la mano de Pieck, luego la de Toulpanov, se vuelve a sentar y empieza a comer la sopa. Se necesitó un buen rato para que se reiniciaran las conversaciones en la mesa."